

por tal nos la da el Espíritu Santo. Mirad si os pesa cuando os alaban y estiman, ó si os holgais y contentais de eso, y ahí veréis si sois oro ú oropel.

De nuestro Padre san Francisco de Borja, lib. 4, c. 1 de su vida, leemos, que ninguna cosa le daba tanta pena como cuando se veia honrado por santo ó por siervo de Dios. Y preguntado una vez por qué se afligia tanto de ello, pues él no lo deseaba ni procuraba, respondió: que temia la cuenta que habia de dar á Dios por ello, siendo él tan otro del que se pensaba; que es lo que decíamos de san Gregorio. Así nosotros habemos de estar tan fundados en nuestro propio conocimiento, que no basten los vientos de las alabanzas y estimacion de los hombres á levantarnos y sacarnos de nuestra nada; antes entonces nos habemos de confundir y avergonzar mas, viendo que son falsas aquellas alabanzas, y que no hay en nosotros aquella virtud de que nos alaban, ni somos tales cuales el mundo nos predica y habíamos de ser.

#### CAPÍTULO XV.

*Del cuarto escalon, que es desear ser despreciados y tenidos en poco, y holgarnos con ello.*

El cuarto escalon para llegar á la perfeccion de la humildad es que desee uno ser despreciado y tenido en poco de los hombres, y que se huelgue con las deshonras,

injurias y menosprecios. Dice san Bernardo (1): *Verus humilis, vilis vult reputari, non humilis prædicari, et gaudet de contemptu sui*: El verdadero humilde desea ser tenido de los otros en poco, no por humilde, sino por vil, y gózase en eso. Este es el segundo grado de humildad, y en esto consiste la perfeccion de él. Y por eso, dice (2), se compara la humildad al nardo, yerba pequeña y odorífera, conforme á aquello de los Cantares, c. 1, v. 11: *Nardus mea dedit odorem suum*; porque entonces se extiende y esparce el olor de este nardo de la humildad á los demás, cuando no solo vos os teneis en poco, sino quereis y deseais que los demás tambien os desprecien y tengan en poco.

Nota san Bernardo (3), que hay dos maneras de humildad: una que está en el entendimiento, que es cuando uno mirándose á sí mismo, y viendo su miseria y vileza, convencido de la verdad, se tiene en poco, y se juzga por digno de todo desprecio y deshonra; otra está en la voluntad, y es cuando uno quiere ser tenido de otros en poco, y desea ser despreciado y deshonrado de todos. En Cristo nuestro Redentor dice que no hubo la primera humildad de entendimiento, porque no podia Cristo tenerse á sí mismo en poco, ni por digno de desprecio y deshonra:

(1) Bernard. serm. 16 super Cantic.

(2) Serm. 24 super Cantic.

(3) Serm. 41 super Cantic.

*Quoniam sciebat se ipsum*: Porque se conocia él muy bien á sí mismo, y sabia que era verdadero Dios, é igual al Padre: *Non rapinam arbitratus est esse se æqualem Deo, sed semetipsum exinanivit, formam servi accipiens*. Ad Philip. II, v. 6, 7. Mas hubo en él la segunda humildad de corazon y de voluntad; porque por el grande amor que nos tuvo quiso abatirse y desautorizarse, y parecer vil y despreciado delante de los hombres. Y así dice él: *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde*. Matth. I, v. 29. Aprended de mí, que soy manso, y humilde de corazon y de voluntad. Empero en nosotros, dice san Bernardo, ha de haber ambas humildades, porque la primera sin la segunda es falsa y engañosa. Querer parecer y ser tenido por otro de lo que verdaderamente sois, falsedad y engaño es. El que verdaderamente es humilde, y de veras siente bajamente de sí, y se desprecia él á sí mismo, y se tiene en poco, hase de holgar tambien que los otros le desprecien y tengan en poco.

Esto es lo que habemos de aprender de Cristo. Mirad cuán de corazon y con cuán gran deseo y voluntad abrazó él los desprecios y deshonras por nuestro amor, que no se contentó con abatirse y apocarse, haciéndose hombre, y tomando forma y hábito de siervo, el que es Señor de los cielos y de la tierra, sino que quiso tomar forma y hábito de pecador. *Deus Filium suum mittens in similitudinem*

*carnis peccati*, ad Rom. VIII, v. 3, dice el apóstol san Pablo: Envió Dios á su Hijo en traje y semejanza de un hombre pecador: no tomó pecado, porque no pudo caber en él; pero tomó el cauterio y señal de pecadores, porque quiso ser circuncidado como pecador, y bautizado entre pecadores y publicanos, como si fuera uno de ellos, y ser tenido en menos que Barrabás, y ser juzgado por peor y por mas indigno de la vida que él.

Finalmente, era tan grande el deseo que tenia de padecer afrentas, escarnios y vituperios por nuestro amor, que le parecia que se tardaba mucho aquella hora, en la cual embriagado de amor habia de quedar desnudo, como otro Noé, para ser escarnecido de los hombres: *Baptismo habeo baptizari, et quomodo coarctor usque dum perficiatur!* Luc. XII, v. 50. Con bautismo, dice, tengo de ser bautizado, con bautismo de sangre, ¡y cómo vivo en estrechura hasta que se ponga por obra! *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum*. Luc. XXII, v. 15. Con deseo he deseado que se llegue ya esta hora, en la cual no se verán sino escarnios y vituperios nunca vistos, bofetadas y pescozones como á esclavo, escupirle su cara como á blasfemo, y vestirle de blanco como á loco, y de púrpura como á rey fingido; y sobre todo los azotes, que es castigo de ladrones y malhechores, y el tormento de la cruz en compañía de ladrones, que en aquel tiempo



era el mas vergonzoso é ignominioso linaje de muerte que habia en el mundo. Esto es lo que con gran deseo estaba deseando Cristo nuestro Redentor: *Improperium expectavit cor meum, et miseriam*, Psalmo LXVIII, v. 21, dice el Profeta en su nombre: Estaba esperando improperios y afrentas, como quien espera una cosa muy agradable y de que gusta mucho, que de esas cosas es la esperanza, como el temor de las que dan pena y tristeza. Y el profeta Jeremías, III, v. 30, dice: *Saturabitur opprobriis*: Estaba deseando esta hora para hartarse de oprobios, escarnios y afrentas, como de cosa de que él tenia grande hambre, y de que gustaba mucho, y le era muy sabrosa por nuestro amor.

Pues si el Hijo de Dios deseó con tan gran deseo los desprecios y deshonras, y las recibió con tan grande gusto y contento por nuestro amor, no siendo digno de ellas, no será mucho que nosotros, siendo dignos de todo desprecio y deshonra, deseemos por su amor ser tenidos siquiera en lo que somos, y que nos holguemos con las deshonras y menosprecios que merecemos, como lo hacia el apóstol san Pablo, cuando decia: *Propter quod placeo mihi in infirmitatibus meis, in contumeliis, in necessitatibus, in persecutionibus, in angustiis pro Christo*: Por lo cual me huelgo en las enfermedades, en las injurias, afrentas, necesidades, persecuciones y angustias por Cristo. Y es-

cribiendo á los filipenses, I, v. 7, tratando de su prision, les pide que le sean compañeros en la alegría que tenia por verse preso en aquella cadena por Cristo. Tenia tanta abundancia de gozo en las persecuciones y trabajos que padecia, que podia repartir alegría á los compañeros, y así los convidaba á que participasen de su alegría. Esta es la leche que mamaron á los pechos de Cristo los sagrados Apóstoles; y así leemos de ellos: *Et illi quidem ibant gaudentes á conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati*. Act. v, v. 41. Que iban gozosos y regocijados cuando los llevaban presos delante de los presidentes y sinagogas, y tenian por gran regalo y merced de Dios ser dignos de padecer afrentas é injurias por el nombre de Cristo. Esto imitaron despues los Santos, como un san Ignacio que, cuando le llevaban á martirizar á Roma con muchos denuestros é injurias, iba con grande alegría, y decia: *Nunc incipio Christi esse discipulus*: Ahora comienzo á ser discípulo de Cristo. Esto quiere nuestro santo Padre que imitemos nosotros, y nos lo encarga con palabras de grande encarecimiento y ponderacion. «Los que entraren y viven en la Compañía, han, dice (1), de advertir y ponderar delante de nuestro Criador y Señor en cuánto grado ayuda y aprovecha á la vida

(1) Cap. 4 exam. § 44, et regul. II summarii.

espiritual, aborrecer en todo y no en parte cuanto el mundo ama y abraza; y admitir y desear con todas las fuerzas posibles cuanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado: y como los mundanos que siguen el mundo aman y buscan con tantas diligencias honras, fama y estimacion de mucho nombre en el mundo, como el mundo les enseña; así los que van en espíritu y siguen de veras á Cristo nuestro Señor, aman y desean intensamente todo lo contrario: es á saber, vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor por su divino amor y reverencia; tanto, que donde á su divina Majestad no le fuese ofensa alguna, ni al prójimo imputado á pecado, desean pasar injurias, falsos testimonios y afrentas, y ser tenidos y estimados por locos, no dando ellos ocasion alguna de ello, por desear parecer é imitar en alguna manera á nuestro Criador y Señor Jesucristo.

En esta regla está cifrado todo lo que podemos decir de la humildad. Esto es haber dejado y aborrecido de veras al mundo, lo mas fino de él, que es el apetito y deseo de ser tenidos y estimados. Esto es estar muertos al mundo y ser de veras religiosos: que como los del mundo desean honra y estimacion y se huelgan con ella, así nosotros deseemos deshonras y menosprecios, y nos holguemos con ellos. Esto es ser de la Compañía de Jesús y compañeros de Jesús: que le hagamos compañía no solo en el

nombre, sino en sus deshonras y menosprecios, y nos vistamos de su librea, siendo afrentados y despreciados del mundo con él y por él, y alegrándonos y regocijándonos en eso por su amor. Vos, Señor, fuisteis pregonado públicamente por malo, y puesto entre dos ladrones como malhechor; no permitais que yo sea pregonado por bueno, que no es razon que el siervo sea tenido en mas que el señor, ni el discípulo en mas que su maestro. *Matth. x, v. 24*. Pues si á Vos, Señor, os persiguieron y menospreciaron, persíganme á mí, desprécienme, afréntenme, para que así os imite á Vos, y parezca discípulo y compañero vuestro.

Decia el Padre san Francisco Javier, l. 2, c. 3 de su vida, que tenia él por cosa indigna que un hombre cristiano, que ha de traer siempre en la memoria las afrentas que hicieron á Cristo nuestro Señor, guste de que los hombres le honren y veneren.

#### CAPÍTULO XVI.

*Que la perfeccion de la humildad y de las demás virtudes está en hacer sus actos con deleite y gusto, y cuánto importa esto para perseverar en la virtud.*

Doctrina es comun de los filósofos que la perfeccion de la virtud consiste en hacer los actos de ella con deleite y gusto; porque tratando de las señales por donde



se conoce si uno ha alcanzado el hábito de la virtud, dicen que son, cuando obra las obras de aquella virtud *prompte, faciliter, et delectabiliter*, con prontitud, facilidad y deleite: el que tiene adquirido hábito de algun arte ó ciencia obra con grandísima prontitud y facilidad las obras de ella. Y así vemos que el que es músico, como tiene ya adquirido el hábito de la música, tañe con grandísima facilidad y prontitud, y no ha menester prevenirse ni estar pensando en eso, que aun pensando en otras cosas tañe muy bien. Pues de la misma manera obra los actos de la virtud el que tiene adquirido hábito de ella. Y así, si quereis ver si habeis adquirido la virtud de la humildad, mirad, lo primero, si obráis las obras de ella con prontitud y facilidad; porque si sentís repugnancia y dificultad en las ocasiones que se os ofrecen, es señal que no habeis alcanzado perfectamente la virtud. Y si para llevarlas bien habeis menester prevenciones y consideraciones, buen camino es ese para alcanzar la perfeccion de esta virtud; pero al fin es señal que aun no la habeis alcanzado. Como el que para tañer ha menester ir pensando dónde ha de poner este dedo, dónde este otro, y acordándose de las reglas que le han dado, bien va para aprender á tañer; pero es señal que aun no ha adquirido el hábito de la música, porque ese no ha menester acordarse de nada de eso para tañer bien. Y así dijo

allá Aristóteles (1): *Ars perfecta non deliberat; tam sibi facilis est actus suus*. El que tiene adquirido perfectamente el hábito de algun arte, esle tan fácil el obrar los actos de ella, que no ha menester ponerse á pensar ni á deliberar cómo los ha de hacer para hacerlos bien. Y así vienen á decir los filósofos que de los actos repentinos é indeliberados se conoce la virtud de uno: *In repentinis secundum habitum operamur*. No se conoce la virtud en las cosas que uno hace muy de pensado, sino en los actos que hace descuidadamente.

Y aun mas que esto dicen los filósofos. Plutarco (2), tratando cómo se conocerá cuando uno ha alcanzado la virtud, pone doce señales, y una de ellas que nos la dejó, dice, escrita aquel gran filósofo llamado Zenon, es por los sueños: así aun en sueños, cuando estais durmiendo, no os vienen movimientos malos, ni imaginaciones torpes y deshonestas, ó cuando os vienen no tomáis gusto ni contentamiento ninguno en ellas, sino antes pena, y estais resistiendo á la tentacion y á la delectacion entre sueños, como si estuviérais despierto, esa es señal de estar la virtud muy arraigada en vuestra alma, y que no solamente la voluntad está sujeta á la razon, sino tambien la sensualidad é imaginacion: así como cuando los caballos que llevan un coche están bien doma-

(1) Aristot. 3 Ethicorum, cap. 8.

(2) Plutarco. lib. de profectu morum.

dos y amaestrados en aquello, aunque el cochero que los rige afloje las riendas y se vaya durmiendo, ellos se van su camino derecho sin errar; así, dice este filósofo, los que han alcanzado perfectamente la virtud, y han ya domado y sujetado del todo los afectos y apetitos brutales, aun durmiendo van su camino derecho. San Agustin nos enseña tambien esta doctrina (1): *Domine memores mandatorum tuorum, etiam in somnis resistimus*. Tienen algunos siervos de Dios tanto amor y aficion á la virtud y á la guarda de los mandamientos de Dios, y tanto aborrecimiento al vicio, y están tan hechos y acostumbrados á resistir en vela á las tentaciones, que aun en sueños tambien las resisten.

Del Padre san Francisco Javier leemos en su vida; l. 6, c. 6, que en una tentacion ó ilusion que tuvo durmiendo, hizo tanta fuerza para resistirla, que con la fuerza echó tres ó cuatro bocanadas de sangre. De esta manera declaran algunos aquello de san Pablo: *Sive vigilemus, sive dormiamus, simul cum illo vivamus*, I ad The. v, v. 10; que quiere decir: no solo que viviendo y durmiendo siempre vivamos con Cristo, que es la comun exposicion; sino que los fervorosos siervos de Dios siempre han de vivir con Cristo, no solamente velando, sino tambien durmiendo y soñando.

Pasan mas adelante los filóso-

(1) August. l. 12 sup. Genes. ad lit. c. 15.

fos, y dicen que la tercera condicion ó señal en que se conoce cuándo uno ha adquirido y alcanzado perfectamente la virtud es cuando obra las obras de aquella virtud *delectabiliter*: con deleite y con gusto. Esta es la principal señal, y en lo que consiste la perfeccion de la virtud. Pues si quereis ver si habeis alcanzado la perfeccion de la virtud de la humildad, examinaos por la regla que pusimos en el capítulo pasado; mirad si os holgais tanto con la afrenta y deshonra, como se huelgan los mundanos con la honra y estimacion.

Fuera de ser esto menester para llegar á la perfeccion de cualquier virtud, hay en ello otra cosa de mucha sustancia, que es ser muy importante para durar y perseverar en ella. Porque mientras no llegáremos á hacer las cosas virtuosas con gusto y alegría, será cosa muy dificultosa el perseverar en la virtud. San Doroteo dice que esta era doctrina comun de aquellos Padres antiguos (1): *Solebant Patres, et majores nostri firmiter asserere, quidquid animus alacriter non admittit diuturnum esse non posse*: Solian decir aquellos Padres antiguos, y tenían esta por una verdad muy averiguada y cierta, que lo que no se hace con gozo y alegría no puede durar mucho tiempo. Bien podrá ser que por alguna temporada guardéis el silencio y andeis con modestia y recogimiento; pero hasta

(1) Doroth. l. 1, serm. 10.



que eso salga de lo interior del corazón, y con la buena costumbre se os haga como connatural, y así lo vengais á hacer con suavidad y gusto, no perseveraréis mucho en ello, porque será como cosa postiza y violenta: *Et nullum violentum perpetuum*. Por esto importa mucho ejercitarnos en los actos de las virtudes, hasta que la virtud se nos vaya embendiendo y arraigando en el corazón, de tal manera que parezca que ella se cae de suyo, y que aquel es nuestro natural, y así vengamos á obrar las obras de la virtud con gusto y alegría. Porque de esa manera podremos tener alguna seguridad de que duraremos y perseveraremos en ella. Esto es lo que dice el Profeta. Psalm. I, v. 2. *Sed in lege Domini voluntas ejus*; dice otra letra: *Sed in lege Domini voluptas ejus*: Bienaventurado el varon que todo su contento y todo su gozo y regocijo es en la ley del Señor, y esos son sus deleites y entretenimientos; porque ese dará fruto de buenas obras, como árbol plantado cerca de las corrientes de las aguas.

## CAPÍTULO XVII.

*Declárase mas la perfeccion á que habemos de procurar subir en este segundo grado de humildad.*

San Juan Climaco (1) añade otro punto á lo dicho, y dice, que así como los soberbios aman tanto la honra y estimacion, que

(1) Climac. cap. 25 de humil.

para ser mas honrados y estimados de los hombres muchas veces fingen y dan á entender lo que no tienen, como mas nobleza, ó mas riqueza, ó mas habilidades y partes de las que tienen; así es altísima humildad que llegue uno á tener tanto deseo de ser despreciado y tenido en poco, que para alcanzar esto procure en casos fingir y dar á entender algunas faltas que no tenga, para que así sea tenido en menos. Tenemos, dice, de esto ejemplo en aquel P. Simeon, que oyendo que el Adelantado de la provincia le venia á visitar como á varon famoso y santo, tomó en las manos un pedazo de pan y queso, y asentado á la puerta de su celda comenzó á comer de aquello á manera de tonto; y visto esto, el Adelantado le despreció: de lo cual quedó él muy contento, porque alcanzó lo que pretendia. Y de otros Santos leemos ejemplos semejantes: como de san Francisco (1), cuando se puso á amasar el barro con los piés por huir la honra y recibimiento que le querian hacer. Y de Fr. Junípero, cuando se puso á columpiar con los muchachos por el mismo fin. Miraban estos Santos que el mundo despreció al Hijo de Dios, que es sumo é infinito bien, y viendo que el mundo es tan mentiroso y falso, que fue engañado en no conocer una tan clarísima luz, como era el Hijo de Dios,

(1) Part. 1, lib. 1, cap. 72 de la Crónica de san Francisco.

y en no honrar á lo que era verdaderísima honra; toman tanto odio y aborrecimiento con el mundo y su estimacion, que reprueban aquello que el mundo aprueba; y aquello aprecian y aman, que el mundo aborrece y desprecia; y así huyen con mucho cuidado de ser apreciados y estimados de quien despreció á su Dios y Señor: y tienen por grande señal de ser amados de Cristo el ser despreciados del mundo con él y por él. Esta es la causa por que gustaban tanto los Santos de los oprobios, afrentas y deshonoras del mundo, y hacian tantos ensayos para alcanzar este desprecio. Verdad es, dice san Juan Climaco, que muchas cosas de estas fueron hechas por particular instinto del Espíritu Santo, y así mas son para admirarnos de ellas que para imitarlas. Empero aunque no lleguemos á hacer con efecto aquellas locuras santas que hacian los Santos, habemos de procurar imitarlos en el amor y deseo grande que tenian de ser despreciados y tenidos en poco.

San Diadoco pasa adelante, y dice que hay dos maneras de humildad: *Una mediocrum, altera perfectorum*. Diadoc. l. de perfect. spirit., c. 95. La primera es de los medianos que van aprovechando, pero están todavía en pelea, y son combatidos de pensamientos de soberbia y de malos movimientos, aunque procuran con la gracia del Señor resistirlos y desecharlos, humillándose y confundiéndose. Otra

humildad hay de perfectos, y es cuando el Señor comunica á uno tanta luz y conocimiento de sí mismo, que le parece que ya no se puede ensoberbecer, ni parece que le pueden venir movimientos de soberbia y elacion: *Tunc anima velut naturalem habet humilitatem*: Entonces tiene el ánima una humildad como natural, que aunque obra grandes cosas, no se levanta nada por eso, ni se tiene en mas, sino antes se tiene por menor de todos. Y entre estas dos maneras de humildad hay, dice, esta diferencia, que la primera comunmente está con dolor y con alguna tristeza y pena, al fin como gente que no ha alcanzado perfecta victoria de sí mismos, sino que todavía siente en sí alguna contradiccion, que esa es la que causa la pena y tristeza cuando se ofrece la ocasion de la humillacion y desestimacion, y lo que hace que aunque la lleve con paciencia, no la lleve con alegría; porque todavía hay allá dentro quien haga alguna resistencia, por no estar acabadas de vencer las pasiones. Pero la segunda humildad no está con pena ni dolor ninguno, sino antes con mucha alegría se está uno en aquella confusion y vergüenza delante del Señor, y en aquella desestima y desprecio de sí mismo, como quien no tiene ya quien le haga resistencia, y por haber vencido y sujetado las pasiones y vicios contrarios, y alcanzado perfecta victoria de sí mismo. Y de ahí es tambien, dice



el Santo, que los que tienen la primera humildad se turban y mudan con las adversidades y prosperidades, y diversos sucesos de esta vida; pero á los que tienen la segunda humildad, ni las cosas adversas les turban, ni las prósperas les desvanecen ni engrien, ni causan en ellos vano contentamiento; sino siempre permanecen en un ser, y gozan de grande paz y tranquilidad, como gente que ha alcanzado la perfeccion, y es superior á todos esos sucesos. Al que desea ser tenido en poco y se huelga con eso, no hay cosa que le inquiete ni le dé pena; porque si lo que le podía dar alguna, que es ser olvidado y desestimado, eso desea él, y ese es su gusto y contento, ¿qué le podrá inquietar ni dar pena? Si en aquello en que los hombres parece que le podían hacer guerra siente él mucha paz, nadie le podrá quitar su paz. Y así dice san Crisóstomo (1), que este tal ha hallado paraíso y bienaventuranza en la tierra: *Anima autem, que sic se habet, quid potest esse beatius? Quicumque talis est, is in portu continuo sedet ab omni tempestate liber, et oblectatur in serenitate cogitationum.*

Pues á esta perfeccion de humildad habemos de procurar llegar; y no se nos haga esto imposible, porque con la gracia de Dios, dice san Agustin (2), no solamente á los Santos, sino al Señor de los Santos podemos imitar si queremos; por-

(1) Chrysost. homil. 9 super Genes.

(2) August. serm. 47 de Sanct.

que el mismo Señor dice que aprendamos de él: *Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde.* Matth. XI, v. 29. Y el apóstol san Pedro dice que nos dió ejemplo para que le imitemos: *Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus.* 1 Petr. II, v. 21. San Jerónimo sobre aquellas palabras de Cristo (1): *Si vis perfectus esse,* dice que de estas palabras se colige manifiestamente que está en nuestra mano ser perfectos, pues Cristo dice: Si quereis. *Quia si dixeris: vires non suppetunt, qui inspector est cordis ipse intelligit.* Prov. XII. Porque si dijéreis no tengo fuerzas, bien sabe Dios nuestra flaqueza; y con todo eso dice que podréis, si quereis; porque él está á punto para ayudarnos si nosotros queremos, y con su ayuda todo lo podremos. Vió Jacob una escala, dice el Santo, que llegaba desde la tierra al cielo, y que subian por ella Ángeles y bajaban; y al fin de la escala en lo alto de ella estaba sentado el todopoderoso Dios para dar la mano á los que subian, y para animarlos al trabajo de la subida con su presencia. Pues procurad vos subir por esta escala y por estos grados que habemos dicho, que él os dará la mano para que llegueis hasta el último escalon. Al caminante que ve de lejos algun puerto muy alto, parecele imposible la subida; mas cuando llega cerca, y ve el camino hollado, hácese muy fácil.

(1) Hieronym. Matth. XIX, 21.

## CAPÍTULO XVIII.

*De algunos medios para alcanzar este segundo grado de humildad, y particularmente del ejemplo de Cristo nuestro Señor.*

Dos maneras de medios se suelen dar comunmente para alcanzar las virtudes morales: el uno es de razones y consideraciones que nos convenzan y animen á ello; el otro de ejercicio y uso de los actos de aquella virtud con los cuales se alcanzan los hábitos. Comenzando del primer grado de medios, una de las mas principales y eficaces consideraciones de que nos podemos ayudar para ser muy humildes, ó la mas principal y eficaz de todas, es el ejemplo de Cristo nuestro Redentor y Maestro; de lo cual, aunque habemos dicho algo, siempre hay que decir. Toda la vida de Cristo fue un perfectísimo dechado de humildad, desde que nació hasta que espiró en la cruz; pero el bienaventurado san Agustin pondera particularmente para esto el ejemplo que nos dió lavando los piés á sus discípulos en el Jueves de la cena, ya cercano á su pasion y muerte. No se contentó Cristo nuestro Redentor, dice san Agustin, lib. de sanct. virg., con los ejemplos de toda su vida pasada, ni con los que luego habia de dar en su pasion, que tan cercana estaba, donde habia de padecer, como dice Isaías, xxxv,

v. 3, el postrero de los hombres; y como dice el real profeta David, Psalm. XXI, v. 7, oprobio de los hombres y desecho del mundo; sino *Sciens Jesus, quia venit hora ejus, ut transeat ex hoc mundo ad Patrem, cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos.* Joan. XIII, v. 1. Sabiendo Jesús que era ya llegada la hora en que se habia de partir de este mundo á su Padre, como tuviese grande amor á los suyos, quísoles mostrar al fin de su vida; y acabada la cena, levántase de la mesa, y quítase sus vestiduras, y cíñese una toalla, echa agua en una bacía, y póstrase á los piés de sus discípulos y á los de Judas, y comienza á lavárselos con aquellas manos divinas, y limpiárselos con la toalla con que estaba ceñido. ¡Oh misterio grande! ¿Qué es esto, Señor, que haceis? *Domine tu mihi lavas pedes?* dice el apóstol san Pedro: ¿Vos, Señor, me lavais á mí los piés? No entendian los discípulos lo que hacia. *Quod ego facio, tu nescis modo, scies autem postea.* Responde el Señor: Ahora no entiendes lo que hago; empero despues lo entenderás, yo os lo declararé. Vuélvese á sentar á la mesa, y declárale el misterio muy de propósito: *Vos vocatis me Magister, et Domine; et bene dicitis, sum etenim. Si ergo ego lavi pedes vestros, Dominus, et Magister, et vos debetis alter alterius lavare pedes.* Joan. XIII, v. 13. Vosotros me llamais Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo siendo vuestro Maestro y Se-